enciclopedia del saber humano



LA GRAN AVENTURA DEL HOMBRE

Nº 20

25 PESETAS



enciclopedia del saber humano

Tomo II - Fascículos 16-30

LA GRAN AVENTURA DEL HOMBRE

Como la Humanidad conoció el mundo en que vive. Descubrimientos y exploraciones.

Balmes, 341. BARCELONA-6.
Depósito Legal: B-23.452-1969

Un mundo como el nuestro, en el que cada día el panorama de conocimientos se amplía y diversifica, requiere instrumentos cada vez más perfeccionados y adecuados. Y ello es aplicable igualmente al campo de la cultura. Cuando cada materia alcanza ramificaciones insospechadas pocos años atrás, la "enciclopedia general", ese enorme cajón de sastre de noticias y datos, ha quedado un tanto sobrepasada y hoy se precisan obras de consulta más racionales, en las que cada disciplina ofrezca una estructuración interna armónica y sugerente y que, al mismo tiempo que brinde un compendio de conocimientos "históricos", abra al lector un panorama de insinuaciones, le adentre por los inexplorados caminos de las posibilidades futuras, le ofrezca un sólido instrumento de cultura que le permita alinearse en el bando de las personas cultas. Hay que precisar que este concepto ha variado profundamente, y en lo sucesivo no podrá llamarse persona culta quien no posea nociones de cómo ha evolucionado el mundo, o de los principios de la energía atómica, o del por qué de los viajes espaciales, o de rudimentos de cibernética. Para que todo ello sea posible ha surgido la ENCICLOPEDIA DEL SABER HUMANO.

Como podrá comprobar, no se trata de una enciclopedia más, sino de una obra pensada sobre todo para que usted, o su hijo, arribe al umbral del año 2.000, tan próximo ya, con la visión y formación imprescindible a todo hombre de nuestro tiempo. Por esta razón se ha dado la primacía dentro del plan general de la obra a aquellas materias de tipo técnico que son las que han de caracterizar el inmediato devenir. Y aquí se ha contado con la colaboración de eminentes profesores rusos, que han aportado para nuestra publicación el momento actual de la ciencia soviética.

Para hacerla más racional, esta obra es monográfica, es decir, cada tomo tratará única y exclusivamente de una materia determinada. Y para no hacerla eterna, cada tomo constará tan sólo de 15 fascículos, en los que se compendia de manera clara, amena y sugestiva lo más importante de cada una de ellas. Miles de espléndidas fotografías en color y dibujos seleccionados servirán de adecuado contrapunto gráfico. He aquí, en resumen, lo que será la E. del S.H.:

180 fascículos de aparición semanal.
12 volúmenes (cada 15 fascículos, un volumen).

DIRECCION:
Francisco F. Mateu y Santiago Gargallo
COLABORADORES:
A. Bayan, G. Pierill, A. Cunillera, M. Comorera, A. Cuscó, G. A. Manova, A. Gómez, L. Pilaev, D. L. Armand, N. Bluket, M. Loschin, V. Matisen, J. Kennerknecht, P. Jiménez.
FOTOGRAFIAS:
Archivo Editorial Mateu, Salmer, Dulevant, SEF, Carlo Bevilacqua.
REALIZACION GRAFICA:
Cayfosa. Moderna, 51. Hospitalet de Llobregat
Interiores impresos sobre papel Printomat de Sarrió, C.A.P., especialmente fabricado para esta obra.
Impreso en España *Printed in Spain*

Las caminatas de Álvar Núñez Cabeza de Vaca

Se ha hablado antes de Pánfilo de Narváez, capitán enviado por Diego Velázquez para que redujera a Hernán Cortés, y se ha visto cómo fracasó en la empresa. Cortés retuvo prisionero a Narváez hasta 1523; puesto éste en libertad, marchó a España con el resentimiento que es de suponer contra su aprehensor y fue uno de los que más contribuyeron a desprestigiarle y a que se le regatearan concesiones y privilegios.

En España consiguió Pánfilo de Narváez una capitulación para la conquista de la Florida, que había sido explorada ya anteriormente por Juan Ponce de León y por Francisco de Garay. Preparó, pues, una expedición que salió de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527 y estaba formada por cinco navíos y unos seiscientos hombres. Era tesorero y alguacil mayor de ella un caballero de noble linaje, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, que tendría entonces alrededor de treinta años y había nacido en Jerez de la Frontera. Cabeza de Vaca hizo una detallada narración de este viaje y de otros que realizó. Y son tan sorprendentes sus andanzas que, aunque dieran pobres resultados, no deben faltar en una historia de exploradores audaces y valerosos.

Malos inicios tuvo la empresa, ya que la escasez de provisiones y la falta de dotes de mando de Narváez determinaron la deserción de cerca de ciento cincuenta hombres en la isla de Santo Domingo. Partidos de allí fueron sorprendidos los restantes expedicionarios por uno de los peligrosos tifones tan frecuentes en aquellas latitudes, a consecuencia del cual se perdieron dos naves y sesenta hombres. En vista de ello decidió Pánfilo de Narváez invernar en el puerto de Xagua hasta el 20 de febrero de 1528. Ya en alta mar los tomó otra tormenta que los arrojó a la costa de la Florida, en la bahía de Tampa. Desembarcados los exploradores, que eran ahora unos trescientos hombres con cuarenta caballos, costearon el pobre territorio, dando orden a los navíos de que los esperaran en la desembocadura del río de las Palmas (actualmente Grande del Norte), que por error se suponía próximo. El hambre y la fatiga se cebaron en la expedición, y Pánfilo de Narváez resolvió construir unas barcas para ir más rápidamente al encuentro de los navíos. En cinco miserables canoas se embarcaron doscientos cuarenta y dos hombres, muchos de ellos enfermos y todos hambrientos, aunque se habían comido ya todos los caballos. De esta ruin forma llegaron costeando hasta la desembocadura del Misisipí, donde una tormenta desorganizó la pequeña escuadrilla. Sus maltrechos tripulantes fueron llegando en grupos sueltos a la costa —los que no murieron ahogados— y en ella, capturados por los indios, murieron todos excepto cuatro: Álvar Núñez Cabeza de Vaca, los capitanes Dorantes y Castillo y el negro Estebanico (noviembre de 1528).



Juan Ponce de León acompañó a Cristóbal Colón en su segundo viaje por América. Él, incorporó la isla de Puerto Rico a la corona de España. En la fotografía, monumento al conquistador.

Reunidos los cuatro supervivientes citados, acordaron esperar seis meses, que pasaron como esclavos de los indios mareames, para escapar tierra adelante hasta que encontraron a gentes de otra tribu que los acogieron bien. Como su llegada había sido precedida por la noticia de que eran notables *shamanes* (hechiceros o médicos), la misma noche de su estancia entre ellos les presentaron unos indios enfermos. Cabeza de Vaca los santiguó y se encomendó fervorosamente a Dios. Manifestaron los enfermos que no sentían ningún dolor y los cuatro españoles fueron agasajados. Divulgóse la estupenda nueva entre los indígenas y a partir de entonces un verdadero rosario de dolientes desfiló ante los españoles.

De esta forma, de tribu en tribu, y caminando siempre hacia el sol poniente, dedicados de un modo constante a la curación de enfermos, los cuatro españoles atravesaron la moderna Tejas, cruzaron el río Grande del Norte y se internaron en el actual Méjico, del que recorrieron Coahuila, Chihuahua y Sonora hasta ver, en fin, por Sinaloa el océano Pacífico, después de ocho años de haber caído prisionero de los indios y haber recorrido miles de kilómetros por desiertos y montañas, llanuras y estepas, en el mayor y más penoso viaje imaginable. Probablemente los indios con quienes más trato tuvieron los cuatro caminantes fueron los *pueblos*, cultivadores de fríjoles, maíz, algodón y tabaco.

Vuelto a España Álvar Núñez Cabeza de Vaca en 1537, no pudo acomodarse a la vida pacífica de la metrópoli y

solicitó la gobernación del Río de la Plata, vacante entonces. Conseguido el nombramiento, partió el día 2 de noviembre de 1540 del puerto de Cádiz en tres naves, tripuladas por cuatrocientos hombres. Llegó a Cananea en el Brasil, pasado el cabo Frío, y de allí a la isla de Santa Catalina, adonde arribó el 29 de marzo de 1541. Despachó allí las naves para Buenos Aires y, añorando sus caminatas en América del Norte, decidió hacer un nuevo recorrido terrestre, partiendo el 2 de noviembre del mismo año, y al cabo de diecinueve días descubrió las primeras poblaciones.

Eran tribus guaraníes las que encontraron Cabeza de Vaca y sus hombres. Provistos por los indígenas de alimentos, pudieron seguir su viaje. Más de cuatro meses duró éste, descubriendo las cataratas del Iguazú, enorme caída de agua de más de cincuenta metros de altura en un gran semicírculo cuya longitud es de unos cuatro kilómetros. Informados de la peligrosidad del salto, los expedicionarios, que en parte viajaban en canoas, las trasladaron a fuerza de brazos aguas abajo, donde volvieron a embarcar y continuaron su curso hasta el Paraná, que fue cruzado en las mismas embarcaciones.

Su llegada a Asunción, capital entonces de la naciente colonia del Plata, fue mal recibida por los colonos allí existentes, en especial por Martínez de Irala, que ejercía la gobernación interina. La austeridad y severidad del nuevo gobernador empeoró las relaciones entre los «nuevos» y los «viejos» colonos, que se resolvió en un levantamiento dirigido por Irala. El impenitente andarín fue encarcelado en 1544 y bajo la amenaza de un ominoso proceso pasó un año en prisiones, hasta que fue embarcado en un navío que le había de llevar a España. Antes de llegar ya estaba en libertad, pero en España hubo de responder de otros cargos que le hizo el Consejo de Indias, en virtud de los cuales fue condenado a destierro en Orán. Indultado a los ocho años, fue nombrado juez en Sevilla, donde murió de más de sesenta años.



Una típica danza maya. Los españoles quedaron admirados del grado de cultura de los mayas muy superior a la de otros pueblos de sus mismas características.

Los españoles descubren los actuales Estados Unidos

Las noticias que Cabeza de Vaca y sus tres compañeros aportaron a Méjico encendieron el deseo de visitar aquellas tierras. El 7 de marzo de 1539 partía de nuevo el negro Estebanico, a quien seguía de cerca un franciscano llamado Marcos de Niza. Habían concertado que el negro le comunicaría las noticias por medio de cruces, que serían de mayor tamaño cuanto más grande fuera la importancia de los descubrimientos. Así se enteró el religioso de la existencia de siete ciudades fabulosas: las siete ciudades de Cíbola. Pero cuando llegaba a alcanzarlas conoció la muerte de Estebanico a manos de los indios. Detenido prudentemente en su marcha fray Marcos vio de lejos, desde lo alto de una colina, la mayor de las ciudades y regresó a Méjico presuroso, comunicando su sensacional descubrimiento. Según el fraile, había allí una cultura superior a la de los aztecas, y las ciudades de Cíbola superaban en tamaño y riqueza a la propia Tenochtitlán. En realidad había llegado fray Marcos al país de los zuñis, en el actual Estado americano de Arizona, y lo que juzgó ser ciudades monumentales no eran sino cuevas abiertas en las rocas. En cambio trajo noticias concretas sobre la península de California, que hasta entonces se creía isla. Los indios le informaron de que el mar estaba cerrado por el norte (el golfo de California) y de que no existía el paso que buscaba entre los dos océanos.

La apasionada descripción del franciscano determinó una nueva expedición, que el virrey Mendoza encargó a Francisco Vázquez de Coronado. Doscientos hombres, en su mayoría aventureros recién llegados de España ante la noticia de las grandes riquezas de Méjico, se alistaron en esta exploración, que salió el 23 de febrero de 1540. Dos meses y medio después se derrumbaba la leyenda de Cíbola al comprobar los expedicionarios las miserables chozas de los indios zuñis. En busca de nuevas ciudades ricas, partieron Coronado y sus huestes hacia el norte, sin encontrar otra cosa que terrenos áridos y la noticia de un gran río próximo. En busca de este río destacó a uno de sus oficiales, García López de Cárdenas, quien, en efecto, a los veinte días de marcha daba con el Gran Cañón del Colorado, «cuya profundidad es mayor —ponderaba— que la torre más alta de Sevilla». Fue bautizado con el nombre de río del Tizón, y habían de pasar tres siglos antes que fuera visto por otros europeos. Durante dos años más anduvieron los exploradores miles de kilómetros por las tierras que hoy pertenecen a los Estados de Tejas, Oklahoma y Kansas, sin encontrar nada que estimulara su deseo de mantenerse en ellas. Aunque algunas de las tierras recorridas eran fértiles, los españoles andaban en busca de riquezas fabulosas, que los pobres poblados indios que visitaron no podían proporcionarles. En la primavera de 1542 regresaba la fracasada expedición y Coronado se reintegraba a su vida anterior de rico hacendado. Procesado a consecuencia de las denuncias de sus defraudados compañeros, fue obligado a pagar una fuerte multa.

Simultáneamente con Vázquez de Coronado se producía la expedición de Hernando de Soto. Era éste un caballero extremeño que había participado de forma destacada en la conquista del Perú. Enriquecido de una manera fabulosa, en vez de retirarse a gozar de sus riquezas demostró su sangre aventurera y conquistadora pasando a España a ofrecerse al emperador para organizar una expedición a la Florida a sus expensas, si se le daba su gobierno. Pensaba conquistar nuevos imperios superando las hazañas de Cortés y Pizarro, de las que él solo sería protagonista y héroe. Se le nombró, en efecto, adelantado de la Florida y gobernador de Cuba, isla que habría de utilizar como base de partida para su expedición. El 6 de abril de 1538 zarpaban diez naves de Sanlúcar de Barrameda con numerosos aventureros, y tras un año de preparación en Cuba partió la expedición definitiva, compuesta de quinientos hombres, aparte la tripulación de las nueve naves que los conducían, doscientos treinta y siete

caballos y gran acopio de bastimentos. La Florida había sido descubierta en 1513 por Juan Ponce de León y habia recibido este nombre por haber sido avistada el día de Pascua. Tres ideas pudieron determinar al conquistador español a visitarla, a pesar de su carencia de atractivos: el oro, que los españoles, juzgando por el encontrado en Méjico y Perú, creían que sería abundante en toda América; un deseo de colonización, si se encontraban tierras aptas para ello; y, en fin, la busca de una comunicación entre los dos mares.

Las andanzas de Hernando de Soto en persecución de estas quimeras constituyen en total un viaje de exploración, nulo en cuanto a resultado práctico, pero rico en cuanto a descubrimientos geográficos, noticias etnográficas y nueva muestra de la resistencia a las penalidades y fatigas que se dieron por lo general en todos los conquistadores españoles en América.

Desembarcó Soto con su medio millar de soldados en la bahia del Espíritu Santo (Tampa), y dejando las naves se internó en el territorio. Atravesando pantanos, muy frecuentes en este pais, y cruzando rios llegó la expedición a Apalache (Florida actual), donde invernó. En marzo del año siguiente (1540), reanudó la marcha por el actual Estado de Georgia, hasta alcanzar el río Savannah, cerca del cual le ocurrió la única aventura agradable que conoció la desdichada expedición. Fue ella el encuentro con una tribu gobernada por una mujer, que recibió hospitalariamente a los exploradores españoles y aun les regaló gran cantidad de perlas, encerradas en las tumbas de los jefes. Como contrapartida, el encuentro con el cacique Tascalusa, del poblado llamado Mauvila (actual Mobile), fue lamentable. Tras un combate en que los españoles perdieron ochenta y tres hombres y cuarenta y cinco caballos se consiguió dominar a la belicosa tribu, cuyo poblado quedó reducido a cenizas. Aquel episodio descorazonó a muchos, por lo que Soto decidió apartarse de la costa, temeroso de que tentara a sus desanimados compañeros. Dirigiéndose hacia el interior llegó al poblado indio llamado Chicasa, donde la expedición pasó el segundo invierno. Pero la permanencia en este lugar acabó asimismo con un combate, en que los españoles perdieron cuarenta hombres y cincuenta caballos. Asi a costa de grandes pérdidas, se iba descubriendo por los españoles el actual territorio de Estados Unidos. Recorrió luego Soto tierras del actual Estado de Alabama, hasta llegar en la primavera de 1541 al Misisipí (gran agua, en lengua indígena). Este rio habia sido ya visto por expediciones anteriores en su desembocadura, pero no se habia comprendido su importancia. Por ello bien puede decirse que corresponde a Hernando de Soto el honor de su verdadero descubrimiento, que tuvo lugar cerca de la actual Menfis.

Por entonces ya comprendían Soto y sus hombres que la expedición habia fracasado. No se encontraba oro en parte alguna, y los indígenas mostraban un espíritu demasiado belicoso para intentar una colonización; se dedicaron, pues, a buscar el supuesto paso entre los dos mares. Habiendo atravesado en cuatro barcas el caudaloso rio, Hernando de Soto anduvo por los Estados actuales de Arkansas y Oklahoma, tratando en vano de encontrar en las praderas del Misisipí la quimérica comunicación interoceánica. Estuvieron entonces muy próximos a los expedicionarios de Vázquez de Coronado, sin que se dieran cuenta ninguno de los dos de esta vecindad. Por tercera vez invernó la expedición en Antiamque, a orillas del rio Arkansas, sin que esta vez, por fortuna, se resintiera la hueste. En la primavera de 1542 se componia ésta de unos trescientos hombres y cuarenta y



El intento por parte de los españoles de conquistar los actuales Estados Unidos no fue un éxito precisamente. Las tierras visitadas eran pobres y los sufrimientos no compensaban. La expedición de Hernando de Soto hubo de regresar a Méjico cruzando ríos con innumerables penalidades.

dos caballos. Decidió entonces Soto regresar a Méjico, siguiendo el curso del Misisipí, pero murió en mayo de 1542. Sus soldados, temerosos de que se profanara el cadáver de su jefe, vaciaron el tronco de un árbol, encerraron en él el cuerpo del caudillo y lo arrojaron a las aguas del gran río. Tomó entonces el mando de la exploración Luis Moscoso de Alvarado, quien viendo la imposibilidad de continuar el viaje por tierra, debido a los continuos ataques de los indios de Arkansas y Tejas, resolvió volver al río y construir unos bergantines que, en cincuenta días, llevaron a la desastrada expedición a las bocas del Misisipí en el golfo de Méjico, no sin haber combatido con indígenas que los hostigaban desde las orillas. Al final la expedición pudo ganar el país de Panuco, donde los recibió su gobernador Juan Jaramillo, casado con la india Marina, que había servido a Cortés de intérprete en la conquista de Méjico.

Los Pizarro y los Almagro y la conquista del Perú

Compartiendo con la cultura azteca la supremacía sobre todas las americanas, se había desarrollado, en los tres últimos siglos anteriores a la conquista, en América del Sur, una cultura llamada comúnmente incaica, aunque este nombre se debe no al pueblo que la realizó, sino al clan guerrero que la dirigió. Dominaba este clan, gobernado por una monarquía absoluta, el área geográfica ocupada por los actuales países del Ecuador, Perú y parte de Bolivia, y su centro político residía en el Cuzco. Las primeras noticias sobre su existencia fueron llevadas a Panamá por un capitán llamado Pascual de Andagoya, quien habló a Pedrarias Dávila, gobernador de aquel territorio, de la región que él llamaba del Birú. No pudo aprovechar Andagoya su descubrimiento porque una caída de caballo, que él disimuló diciendo que se trataba de una enfermedad, le puso a las puertas de la muerte. Pero antes de morir, con un desinterés que se encuentra raramente entre los conquistadores, «pasó la jornada» —es decir, comunicó sus descubrimientos— a dos soldados que habitaban en Panamá: Francisco Pizarro y Diego de Almagro.

Francisco Pizarro había nacido en Trujillo (Cáceres) en 1476. Era hijo natural del capitán Gonzalo Pizarro el Largo y de Francisca Morales. Nada se sabe de su juventud, siendo leyenda cuanto se cuenta de sus andanzas en su tierra. Sirvió en Italia a las órdenes del Gran Capitán y en 1502 embarcó hacia América. Era de mediana estatura y de fuerte constitución. Sobrio, duro, analfabeto, exacto cumplidor de sus obligaciones como soldado, gran jugador (nada le hacía abandonar la partida —sobre todo cuando perdía—, excepto una orden de un superior militar), Pizarro era un prototipo de conquistador español.

Diego de Almagro, de origen oscuro, quizá también hijo natural, nació al parecer en el pueblo de Almagro. Había llegado a Panamá en 1514 con Pedrarias Dávila. Era de robustísima constitución, hasta el punto de decirse de él que no se había cansado nunca. Tenía aproximadamente los mismos defectos y virtudes que su compañero Pizarro.

Decididos ambos soldados a intentar la conquista del Perú, asociaron económicamente a su empresa a Hernán Luque, clérigo influyente del Darién, quien pondría el capital, en tanto que los soldados darían su industria. Los beneficios debían repartirse entre los tres a partes iguales, Pizarro sería el jefe y Almagro su teniente.

Salió primero Pizarro. Tenía entonces cuarenta y ocho años y gobernaba un pequeño navío que tripulaban cien hombres. Costeó América del Sur hasta el límite alcanzado por los dominadores incas y confirmó la existencia de este imperio. Tuvo frecuentes luchas con los indígenas. Recogió muestras de oro y, tras haber perdido veintisiete hombres en el lugar significativamente bautizado con el nombre de Puerto del Hambre, regresó a Panamá. Por su parte, Almagro había salido de allí tres meses después en otro pequeño navío que no supo encontrarse con el de su asociado. También tuvo escaramuzas con los indios, perdiendo un ojo en una de ellas, y

Pizarro realizó la conquista del Perú teniendo como socio y segundo a Diego de Almagro. Este monumento de la figura ecuestre del conquistador perpetúa su memoria.





El Museo Arqueológico de la Universidad Nacional de Cuzco, guarda preciados tesoros históricos como este florero incaico de 34 centímetros de alto, fiel reflejo de la cultura de los antiguos pueblos.

estaba de vuelta en Panamá antes que Pizarro.

Reunidos de nuevo los dos aventureros decidieron insistir en la conquista. Buscaron dinero y reclutaron hombres. Firmaron un nuevo pacto con Hernán Luque, ratificado solemnemente en una misa en la que los tres socios comulgaron con la misma Sagrada Forma. Y a principios de 1526 volvían a salir ambos capitanes con dos naves y unos ciento sesenta hombres. Desembarcados en la costa de la actual Colombia, atacaron un poblado indio y consiguieron un pequeño botín. Entonces decidieron que una de las naves, pilotada por Bartolomé Ruiz, siguiera adelante hacia el sur para buscar el ansiado Perú; Almagro regresaría a Panamá en la otra nave para reclutar refuerzos con el oro conseguido; Pizarro esperaría la llegada de uno y otro. En efecto: Bartolomé Ruiz continuó costeando. Atravesó la línea ecuatorial y a cada milla que avanzaba hacia el sur se le hacía más patente la existencia del rico imperio incaico. Regresó con estas noticias. Por su parte, Almagro volvió de Panamá con nuevos refuerzos y las dos naves decidieron poner rumbo hacia el sur. Desembarcados en la costa de la actual provincia de Esmeraldas, se encontraron con una muchedumbre de indios armados. No estaban en condiciones de luchar y decidieron establecerse en una pequeña isla costera: la del Gallo. Almagro partiría de nuevo hacia Panamá en busca de reclutas y Pizarro quedaría en aquella isla con parte de la fuerza. No fue ello muy del agrado de los que quedaron, por cuanto enviaron, entre un ovillo de algodón que iba destinado como regalo a la esposa del gobernador de Panamá, una carta en la que se narraban sus penalidades y que terminaba describiendo a Pizarro y Almagro como socios comanditarios de un matadero.

El gobernador de Panamá era a la sazón Pedro de los Ríos, que había sucedido a Pedrarias Dávila, y, compadecido de los que habían quedado, envió dos naves bajo el mando de Pedro Tafur para que regresaran. Los soldados de Pizarro se habían trasladado en una balsa a la isla de Gorgona, donde permanecieron sufriendo hambre y lluvias torrenciales hasta la llegada de los navíos de Pedro Tafur. Pero también éstos traían exhortaciones de Almagro y Luque para que Pizarro se quedara. Así es que ante la intimación de Tafur para que abandonaran la isla y volvieran a Panamá, Pizarro trazó una raya en el suelo con la espada, en dirección este-oeste, y dijo que los que fueran buenos castellanos pasaran hacia el sur; los demás podrían marchar. Aun despojada esta arenga de la retórica con que se suele describir, es lo cierto que aquella decisión de Pizarro valió por la conquista del Perú. Sólo trece hombres, trece valientes cuyos nombres ha conservado la historia, pasaron la raya.

Siete meses después llegó Almagro con víveres y municiones, pero sin reclutas. Nadie quería alistarse en una empresa empezada bajo tan malos auspicios. Sin embargo, con la pequeña nave traída por Almagro siguieron la expedición y arribaron a Túnez, donde pudieron comprobar la magnificencia de las construcciones y el elevado grado de cultura que tenían los indígenas. Prosiguieron hasta el paralelo 9 de latitud sur, donde resolvieron regresar para preparar la expedición definitiva. Habían permanecido dieciocho meses fuera de Panamá.

No había forma de reclutar nuevos voluntarios para la conquista, visto el resultado de las dos primeras expediciones. No había tampoco dinero y el propio Hernán Luque, el capitalista de las anteriores, propuso a los dos restantes socios que se dirigieran a la corte castellana. Pizarro fue el encargado de ir a la metrópoli. En la primavera de 1528 salía Pizarro de Panamá con dirección a España, adonde llegó en el verano del mismo año. Después de una



Atahualpa, jefe de los incas, compró su libertad a Pizarro que le había hecho prisionero, prometiéndole llenar su habitación de oro.

breve prisión por deudas fue presentado ante el emperador, a quien refirió menudamente lo hecho y lo que se podía hacer. Se habia preocupado de prepararle trayendo vicuñas, oro y plata de sus expediciones. El emperador delegó el estudio de la cuestión en el Consejo de Indias, y un año después, en 1529, se firmaba en Toledo una capitulación por la que Francisco Pizarro era nombrado gobernador, capitán general, adelantado y alguacil mayor del Perú vitaliciamente, con setecientos veinticinco mil maravedises anuales de renta. A Almagro se le nombraba teniente de la fortaleza de Túmbez, con trescientos mil maravedises anuales, y a Hernán Luque, protector de los indios hasta que se erigiera el primer obispado, con mil ducados anuales. Los «trece de la fama» eran hechos hidalgos de solar conocido. Se prometían privilegios a los que acompañaran a Pizarro en la expedición definitiva. El nuevo adelantado se comprometía a reunir, en un plazo de seis meses, doscientos cincuenta hombres, de ellos ciento cincuenta en España y el resto en América. La expedición se habría de emprender no más tarde de medio año a partir de la llegada de Pizarro a América.

A pesar de que Pizarro prometió grandes riquezas y reinos y publicó más riquezas de las que sabía, su proselitismo no tuvo mucho éxito, si se exceptúan algunos hidalgos extremeños: tres hermanos de su padre. Hernando, el único legitimo y letrado, Gonzalo y Juan; su hermano materno Martín de Alcántara y su primo Pedro Pizarro. En enero de 1530 zarpaban para el Nuevo Mundo tres naves, conduciendo a los conquistadores.

Cuando Almagro, que esperaba ansioso la llegada de su socio, supo los términos de la capitulación torció el gesto. Trabajo tuvo Pizarro para explicarle que la corte no quería caudillos iguales, temerosa de que hubiera discordias entre ellos. Menos le agradó a Almagro la arribada del clan Pizarro. Pero Francisco prometió solemnemente no pedir nada para él ni para sus hermanos hasta haber obtenido para Almagro una gobernación de la misma extensión que la suya y que empezara donde ésta terminaba. Calmado el tuerto con estas satisfacciones, se empezó a preparar la tercera y definitiva expedición. En enero de 1531 —Pizarro tenía entonces cincuenta y cinco años— salían tres naves con ciento ochenta hombres y veintisiete caballos para conquistar el mayor organismo político existente en la América precolombina. Almagro se quedó, como otras veces, para preparar refuerzos. Desembarcaron en Coaque, donde se apoderaron de cuantioso botín que enviaron a Panamá para estimular la recluta de voluntarios, y llegaron después a Túmbez, asolada, donde se enteraron del desarrollo de la guerra civil que devastaba el país.

En efecto: aproximadamente siete años antes, es decir, en la época en que Pizarro iniciaba sus exploraciones, había muerto el inca o soberano Huayna Capac, conquistador de los terrenos tribales de Quito. Dejaba como sucesor de la corona a su hijo legítimo Huáscar, pero prendado de otro hijo, fruto ilegítimo de su abundante harén, llamado Atahualpa, le había encomendado la dirección de los terrenos por él conquistados. Atahualpa, joven y ambicioso, estimulado por algunos generales de su corte, declaró la guerra a su hermano. Cuando Pizarro preparaba la expedición definitiva, Huáscar había sido derrotado y capturado por Atahualpa, y el usurpador dominaba el inmenso imperio incaico. Pizarro conoció de golpe todas estas noticias y no le disgustaron, pues juzgaba que habían de favorecer la conquista. Dejando Pizarro una pequeña guarnición de ochenta hombres en la villa de San Miguel, la primera fundación española en el Perú, se encaminó con ciento seis soldados de infantería, sesenta y dos jinetes y unas cuantas armas de fuego, entre ellas unos pequeños falconetes, a Cajamarca, donde permanecía el inca Atahualpa con treinta mil hombres, parte del ejército que había participado en la guerra civil. Cuarenta y cinco días tardó Pizarro en llevar a cabo el viaje y al atardecer del 15 de noviembre de 1532 entraba en la asolada ciudad, cerca de la cual acampaban los indígenas.

Inmediatamente envió una embajada al jefe inca. Quince hombres, dirigidos por el capitán Hernando de Soto, seguidos de otros veinte al frente de los cuales iba el propio hermano de Francisco Pizarro, Hernando, marcharon a presentarse ante el inca. Hernando Pizarro sin bajar del caballo entregó su mensaje,

en el que se solicitaba del emperador indio que se presentara al jefe español. Tras un breve silencio, Atahualpa respondió que había de descansar aquel día, pero que al siguiente se pondría en camino hacia Cajamarca y ordenaría lo que hubiera de hacerse. Entonces Hernando de Soto quiso lucir sus habilidades como jinete. Haciendo galopar su caballo por toda la llanura, regresó al mismo paso hacia el trono en que estaba sentado el inca y paró el caballo sólo unos centímetros delante del jefe. El inca mostró su sangre real permaneciendo impasible, mientras algunos de sus cortesanos, asustados ante la proximidad del animal, retrocedían. Luego se supo que el inca había mandado matar a los que demostraron cobardía ante los españoles.

La noche del 15 al 16 de noviembre fue de febriles preparativos. Se escondieron las escasas piezas de artillería detrás de unas ventanas y se decidió el plan de ataque del día siguiente. El resto de la noche se pasó en oración, rogando por el buen éxito de la empresa. Porque en efecto nunca empresa tal se había pensado ni había triunfado de tal modo. En el espacio de doce horas se derrumbó la más poderosa organización política existente en América.

La mañana del día siguiente se pasó en impaciente espera. No había noticias del inca. Por fin al iniciarse la tarde vieron los españoles que se ponía en marcha la comitiva real. Todos los soldados ocuparon los puestos previamente marcados. La plaza estaba desierta cuando apareció en ella la litera del inca, portada por sus palafreneros y escoltada por unos millares de indígenas, al parecer desarmados. Aparecieron entonces en la plaza Francisco Pizarro, el dominico Vicente Valverde y un alguacil. El dominico leyó un largo discurso, traducido por un indio intérprete llamado Felipillo, en el que en sustancia se decía que el jefe inca debía prestar acatamiento al soberano español en cuyo nombre se tomaba posesión de aquella tierra y se le invitaba a abrazar el cristianismo, cuyos principales dogmas se exponían.

Impacientado Atahualpa de aquel discurso que sólo a medias comprendía, arrojó violentamente al suelo el breviario que el dominico le tendía. Francisco Pizarro, entonces, juzgando peligroso un cierto movimiento de los indios que se empezaba a notar, gritó: «¡Santiago!», que era la consigna para el ataque. Tronaron los falconetes, se dispararon los escasos arcabuces, se formaron las compañías de veinte soldados cada una que se habían preparado y comenzó una matanza de indios espeluznante. El inca fue abandonado en medio de la plaza por sus acompañantes, que huían aterrorizados y que llegaron a derribar un muro por la presión de los cuerpos apoyados sobre él. Pizarro salvó al inca de la muerte a expensas de una herida en la mano con que detuvo la cuchillada que un soldado le asestaba, y le retuvo prisionero.



Hernando de Soto, consumado jinete trato de impresionar al inca Atahualpa parando su caballo, lanzado al galope, a sólo unos centímetros del jefe; éste ni se inmutó...

Aquella noche fue huésped de la mesa de Pizarro. Observando la ansiedad con que se preguntaba por el oro, prometió el inca, si se le dejaba en libertad, llenar del preciado metal la habitación en que se hallaba. Asintió Pizarro a tan tentadora proposición y el inca despachó emisarios por todo el imperio para que aportasen el oro convenido. Al mismo tiempo se asaltaba el campamento de los indígenas, reuniendo un gran botín y centenares de esclavos que fueron repartidos entre los conquistadores. Pero al propio tiempo que Atahualpa encargaba a sus servidores que trajesen el oro, les encomendaba que matasen a su hermano Huáscar, su prisionero, temeroso de que aprovechara el cautiverio del soberano para recuperar el trono perdido.

Tres meses llevaba preso Atahualpa cuando apareció Diego de Almagro, conduciendo una tropa de ciento cincuenta hombres de infantería y cincuenta de caballería. Se había reunido ya el inmenso tesoro de los incas y no quedaba otra cosa que hacer más que repartirlo y decidir sobre la suerte del soberano. La distribución fue hecha por el mismo Francisco Pizarro, quien, después de apartar el quinto real y algunas piezas de valor artístico, mandó fundir el restante oro y lo distribuyó equitativamente entre todos los hombres según su categoría y su intervención en la con-



La orfebrería peruana es una de las más completas. Estas muestras pertenecen al arte chimú (siglos XII-XIII). Arriba, cuchillos de ceremonia incrustados con turquesas; arriba a la derecha, máscara funeraria de oro con catorce esmeraldas ensartadas en los ojos (la máscara tiene una anchura de 57 centímetros); a la derecha, jaguar procedente de Chongiyape y guantelete sacrifical finamente labrado. Casi todas las joyas de este tipo eran objetos religiosos que los indios chimú utilizaban para sus ritos: ídolos, divinidades, paramentos sacerdotales, atributos jerárquicos y ornamentos funerarios.





quista. Tan abundante fue el oro que no hubo protesta ninguna. Aunque es imposible de evaluar con seguridad el montante del rescate de Atahualpa, se ha calculado en cien millones de pesetas oro. Hernando Pizarro fue despachado hacia España, en su calidad de oficial culto, para presentar al emperador su parte del botin. La abundancia de oro entre los españoles hizo bajar rápidamente su valor, como es natural. Los soldados fundían la plata para fabricarse espuelas y pagaban escandalosos precios por un caballo, una capa o una espada. Una gran parte de los soldados lo dilapidaron en el juego.

Sobre el destino de Atahualpa andaban divididas las opiniones. Creian algunos que era político conservarle en la jefatura —nominal— del Imperio incaico; pensaban otros que lo más prudente era matarle. Pizarro fluctuaba entre las dos tendencias. Pero al fin pesaron más en él las consideraciones políticas y acusando al inca de haber asesinado a su hermano Huáscar le condenó a muerte tras un proceso tendencioso. La sentencia establecía que seria quemado vivo, pero habiéndosele ofrecido que si se convertía al catolicismo se le conmutaría la pena de muerte en la hoguera por la estrangulación, Atahualpa se dejó bautizar, acaso para que su pueblo no perdiera la fe en la vieja tradición incaica según la cual los incas iban a reunirse con el Sol su padre.

Entretanto las estupendas noticias que procedían de Perú habían decidido a numerosos aventureros a salir para el fabuloso país. Así pudo ponerse en marcha Pizarro con cerca de seiscientos soldados hacia la capital del Imperio, Cuzco, después de haber reforzado la guarnición de San Miguel con ciento cincuenta hombres bajo el mando del capitán Sebastián de Belalcázar. Llevaba Pizarro consigo a un hijo de Huayna Capac llamado Toparca, y nombrado por el conquistador español soberano del país. Pero en el camino hacia la capital, irritados los españoles ante los ataques de los indígenas, quemaron vivo a Toparca, juntamente con un general de Atahualpa todavía en poder suyo. El 15 de noviembre de 1533, un año justo después de su llegada a Cajamarca, entraban los conquistadores en Cuzco, que fue sometido también a sistemático saqueo que proporcionó una cantidad evaluada en más de la mitad del rescate de Atahualpa. Pizarro nombró otro inca, llamado Manco, siempre vasallo de España, instituyó autoridades



Los "queros" son vasos de madera de gran riqueza ornamental. El trabajo que se observa en ellos muestra un laborioso grabado de la madera con pinturas decorativas. Este "quero" incáico tiene quince centímetros de alto.



Diego de Almagro.

municipales en la villa y la organizó a la manera europea. Después, juzgando que el lugar no era apto para establecer una capital de su gobierno, inició la construcción de la ciudad de Los Reyes, en el valle del Rimac, que por corrupción del vocablo se ha transformado en Lima de los Reyes. Parecía con este acto haberse terminado la fase de la conquista.

La aventura de Almagro en Chile y la guerra entre los conquistadores

Hernando Pizarro, que se había desplazado a España para llevar al emperador el quinto real sobre los tesoros hallados en el Perú, fue como es natural muy bien recibido en la corte castellana. No hubo ninguna dificultad en obtener para Diego de Almagro, tal como se había concertado, cargos y territorios. Se concedía, en efecto, al socio de Pizarro el título de adelantado y gobernador de un territorio que abarcaba hasta doscientas leguas al sur del que gobernaba Pizarro, que a su vez se ampliaba en setenta leguas. La provincia concedida a Pizarro se llamaría Nueva Castilla, y la otorgada a Almagro, Nueva Toledo. Antes que Hernando estuviera de regreso en América ya estaba informado Almagro de la capitulación. Inmediatamente juzgó que el Cuzco le pertenecía, pues contaba las leguas dadas a Pizarro siguiendo las sinuosidades de la costa. Pero Francisco Pizarro, que las contaba en línea recta, reclamaba para sí la posesión de la antigua capital del Imperio incaico. La querella se acalló ante la oferta de Pizarro de ayudar económicamente a su socio para que fuera a descubrir y colonizar las tierras que se le habían otorgado. Entretanto la capital estaría gobernada por Hernando Pizarro.

Cerca de seiscientos españoles, con varios millares de auxiliares indios, salieron del Cuzco bajo el mando de Diego de Almagro en julio de 1535. El capitán español llevaba como lugarteniente a Rodrigo de Orgóñez y como eficaz auxiliar al jefe indio Paulú, hermano del inca Manco, que le prestó gran ayuda. Siguieron una antigua calzada incaica que bordeaba el lago Titicaca, pero cuando hubieron de atravesar los Andes para descender a la costa del actual Chile comenzaron los infortunios. La mayor parte de los indios yanaconas, acostumbrados al clima de llanura, no pudieron soportar los fríos de las montañas. Los españoles, más resistentes, sufrieron también numerosas bajas por hambre y congelación. Llegados a la costa, no encontraron aquellos aventureros ningún imperio al estilo del incaico que acababan de dejar. Fueron enviadas expediciones hacia el sur sin resultado positivo; y aunque aquella hermosa tierra —que ha sido calificada con el apelativo del «declive californiano de América del Sur»— era extraordinariamente apropiada o la colonización, Almagro, decepcionado, decidió el regreso al Perú. El camino de vuelta fue hecho por la costa para escapar al duro clima de montaña; pero no por ello resultó más hacedero. Se hubo de atravesar el desierto de Atacama, tan falto de agua que era menester que una compañía de



Hernando Pizarro condenado a prisión de por vida en su regreso a España, murió en este castillo de Medina del Campo.



La batalla de Las Salinas, la primera guerra civil europea en América, trajo como consecuencia muchas diferencias entre los conquistadores españoles en aquellas tierras. La lucha entre los Almagro y los Pizarro, dio como resultado la victoria de éste último.

soldados se dedicara a ir delante abriendo pozos para calmar la sed de hombres y animales.

Es fácil de suponer la agresiva decisión que traía el tuerto capitán al regreso de su fracasada expedición: dominar el Cuzco al frente de los que despectivamente se llamaron «los de Chile». Pero a su llegada a las proximidades de la capital se encontró con extrañas noticias. El inca Manco, nombrado por Pizarro, había escapado a las montañas con el pretexto de traer a la ciudad una estatua de oro macizo de su padre, y se había sublevado al frente de unos millares de indígenas. Organizados militarmente, pusieron éstos sitio a la capital, defendida por Hernando Pizarro. A la llegada de Almagro estaban los españoles en situación extrema, confinados en el barrio alto del Cuzco, donde había sido muerto uno de los Pizarro, Juan. El inca Manco, sabedor de la llegada de Almagro, le envió emisarios para que unieran sus fuerzas contra los Pizarro. Pero Almagro no estaba para componendas. Atacó al inca, a quien derrotó, y se apoderó después de la ciudad, haciendo prisionero a Hernando Pizarro. La lucha entre los Pizarro y los Almagro había dado comienzo.

Acudió presuroso Francisco Pizarro desde Lima y tuvo una entrevista con Almagro, en la que éste, generoso, puso en libertad a Hernando, contra la opinión de su lugarteniente Orgóñez, que

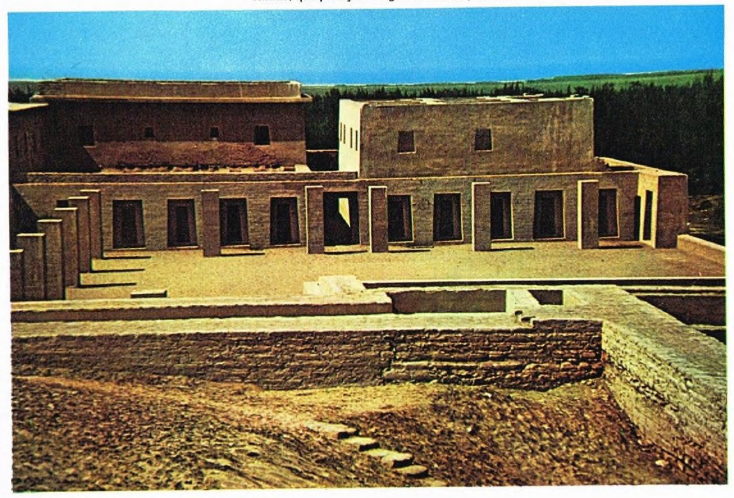
le juzgaba rehén de categoría. Se acordó entre ambos rivales un arbitraje que decidiera a quién pertenecería el Cuzco. El laudo fue favorable a Pizarro, pero Almagro no lo aceptó. Entonces estalló la guerra abierta, que se resolvió en la batalla de las Salinas (6 de abril de 1538), en una llanura cercana a la ciudad. Españoles contra españoles pelearon ardientemente en aquella primera lucha civil europea en América, mientras los indios apostados en las alturas se regocijaban de aquel duelo entre sus enemigos. La batalla terminó con el triunfo de Pizarro, que hizo prisionero a su ex socio. Hernando fue restablecido en su cargo de gobernador del Cuzco, ciudad a la que trasladó al prisioneró. Formalizado proceso contra el tuerto, se le acumularon tantos cargos que llegó a sumar dos mil folios y a alcanzar —dice Alonso Enríquez— la altura de la cintura de un hombre de estatura media. El 8 de julio de 1538, era ejecutado en la antigua capital de los incas.

Pero dejaba un hijo, Diego de Almagro el Joven, mestizo de una india de Panamá. El joven Almagro fue llevado a Lima, junto con los más conspicuos almagristas. Tres años después un grupo de «los de Chile», dirigido por Almagro el Joven, asaltó el palacio del gobernador del Perú y a pesar de su brava resistencia acabaron con Francisco Pizarro, que murió trazando en el suelo una cruz con su espada, el 26 de junio de 1541.

Ninguno de los Pizarro escapó a una muerte trágica, salvo Hernando. Hemos visto ya la muerte de Francisco y de Juan. Gonzalo murió ejecutado por orden del presidente Lagasca, después de haberse sublevado contra la Corona. También murió ejecutado Almagro el Joven tras haber sido derrotado por el gobernador Vaca de Castro, enviado al Perú para acabar con las guerras civiles que ensangrentaron durante mucho tiempo el país. Hernando volvió a España, donde se le sometió a proceso, del que pudo salir con vida; pero, condenado a prisión perpetua, pasó los últimos años de su larga vida en el castillo de Medina del Campo, donde casó con una mestiza, hija de su hermano Francisco.

No le cupo mejor suerte al último y desdichado soberano de la dinastía de los incas. Manco se retiró a la montaña, donde organizó una especie de menguada corte que aceptó con hospitalidad a los fugitivos de Lima, partidarios de Almagro. Uno de ellos, llamado Gómez Pérez, hombre colérico e iracundo, se enfadó un día con el inca jugando una partida de bolos. Al empujarle el inca, el español tomó uno de los bolos y sin reflexionar le dio tan fuerte golpe en la cabeza que le causó la muerte.

A 31 kilómetros de Lima, la capital de Perú, se encuentran las ruinas de Pachacámac, ciudad sagrada de diversas culturas preincáicasj Aquí vivía el Oráculo del Rimac, que predijo la llegada de los españoles.





Plátanos. Grandes frutos com este, fue lo que encontraron los españoles a su paso por Chile.

Andanzas y desventuras de Pedro de Valdivia en Chile

La expedición negativa de Diego de Almagro al sur no había desanimado a los conquistadores españoles. Siempre había alguien que creía triunfar donde los otros habían fracasado, y siempre triunfaba alguien, en efecto, donde la falta de corazón o exceso de codicia habían arruinado las esperanzas de otro. El capitán Pedro de Valdivia estaba destinado a ganar para España el largo y angosto país chileno.

Había nacido el conquistador de Chile en 1510 en un pueblo no localizado de la comarca extremeña de La Serena. Su aprendizaje militar había transcurrido, como el de Pizarro, en Italia; y, terminado éste, partió para América, dejando a su esposa, doña Mariana, en el pueblo natal. En América se unió con Pizarro, y cuando murió Diego de Almagro solicitó del gobernador del Perú el oportuno permiso para conquistar y colonizar la tierra apenas entrevista por el desdichado tuerto.

Continuaba, pues, la impresionante pléyade de extremeños por tierras de América.

Tenía Pedro de Valdivia veintinueve años cuando obtuvo la licencia de Pizarro para la conquista. Pero había dos dificultades: en primer lugar, la mala fama puesta por los soldados de Almagro hacía que nadie quisiera alistarse en una expedición que se presentaba con pocas probabilidades de lucro, mientras en Perú la vida era fácil; en segundo término, se necesitaba dinero para la expedición. Un rico mercader adelantó lo imprescindible y Valdivia consiguió reunir ciento cincuenta soldados, que llevando un millar de indios como auxiliares, unos cuantos cerdos y algunas pollinas, partieron del Cuzco en el mes de enero de 1540. Ante el desagradable dilema de los dos itinerarios seguidos por Almagro en sus viajes de ida y vuelta, Valdivia se decidió por el de la costa. Once meses tardó en llegar a una tierra habitable, tras atravesar el desierto de Atacama. Al fin, al arribar a la tierra fértil, fundó a los 33° de latitud sur la ciudad de Santiago, mísero hacinamiento de chozas en un principio, aunque construidas según las reglas urbanísticas que de un modo general había decretado el Consejo de Indias metropolitano.

Desde el principio los escasos españoles fueron recibidos con hostilidad por los nativos. Se trataba de los araucanos, pueblo nómada de tipo mogoloide, dividido en tribus gobernadas por caciques belicosos. Por ellos supo el pequeño grupo español la muerte violenta de Francisco Pizarro. La muerte de Pizarro privaba a Valdivia de la comisión delegada que ostentaba del asesinado capitán general, por lo que, a semejanza de Cortés, se hizo nombrar por el cabildo de Santiago capitán general y gobernador de aquella tierra hasta que otra cosa fuera ordenada.

A pesar de la hostilidad india, Valdivia se trasladó a la cercana costa con la intención de construir una nave con que prosiguiría la colonización y que le serviría, al mismo tiempo, para enlazar más fácilmente con el Perú. Estando en aquella tarea llegó la noticia de que una parte de la reducida guarnición que había dejado en Santiago bajo el mando de Alonso de Monroy se había sublevado contra él. Regresó precipitadamente y yuguló la insurrección ahorcando a cinco cabecillas de la misma. Pero las desgracias nunca vienen solas. Cuando estaba dedicado a restablecer la calma en el pequeño y mal avenido puñado de españoles se enteró de que la gente que dejó en la costa había sido atacada por los araucanos. Sólo dos supervivientes pudieron llegar a la capital. Valdivia decidió entonces emprender una expedición de castigo, dejando cincuenta hombres en Santiago. La ciudad fue atacada en su ausencia y sólo la energía del capellán, padre Lobo, y de una esforzada mujer, Inés Suárez, que había ocupado en el corazón de Valdivia el puesto vacante de su esposa legítima, lograron salvar la situación. Por consejo de ella fueron decapitados siete jefes indios que los españoles tenían como rehenes, y sus cabezas, arrojadas al campamento indio, pusieron pavor en el ánimo de los atacantes. El mismo Valdivia explica en sus cartas estos hechos y añade que la ruina de la ciudad fue casi completa. Pero Valdivia tenía temperamento colonizador. Mandó plantar el trigo y el maíz. Los cerdos y las aves se reprodujeron. La ciudad fue reconstruida. Por primera vez soldados procedentes del fabuloso Perú se esforzaban personalmente en los trabajos de colonización. Pedro de Valdivia era capataz y obrero, y su ejemplo estimuló a los españoles. Pero resultaba inútil intentar una colonización con



aquel reducido contingente, por lo que envió hacia el norte a Alonso de Monroy con cinco más para solicitar refuerzos. La expedición de Monroy fue desdichada. Atacados por los indios, cuatro de ellos murieron; sólo se salvaron Monroy y otro, que cayeron prisioneros de una tribu gobernada por una mujer. La intervención de la cacica salvó a los dos españoles, pues ella los nombró instructores de su hijo. Dos años estuvieron Monroy y su compañero empleados en tal menester, hasta que aprovecharon un momento favorable y pudieron huir, logrando llegar al Perú. Partieron entonces de allí dos expediciones de socorro, con un total de ochenta hombres, que llegaron con tres meses de intervalo a fines de 1543.

Con este refuerzo fue impulsada la colonización y se fundó la ciudad de La Serena, en el valle de Coquimbo. Pero no avanzaba la colonización de un modo paralelo a los deseos del conquistador. Además la pobreza del país tenía disgustados a los colonos de Santiago, que elevaron una queja al gobernador en solicitud de aumentar el número de indios a su servicio. Valdivia contestó reduciendo el número de los colonos con derecho a indios de sesenta a treinta y ocho, con lo que aumentó proporcionalmente su riqueza. Uno de los mejorados fue su propia amante, Inés Suárez, cuya despótica actuación era mal vista por los españoles. Fracasada una tentativa de Monroy de aportar nuevos colonos, por muerte de éste el propio Valdivia decidió buscarlos, sabedor además de la rebelión de Gonzalo Pizarro y decidido a ofrecer sus servicios al representante de la corona de Lima, Pedro de Lagasca. En diciembre de 1547 se embarcó en Valparaíso, no sin haber jugado una mala pasada a los colonos que sabía descontentos. Comunicóles que todos los que quisieran podrían embarcar con él y los invitó a que llevaran el oro que tuvieran. Cuando los tuvo reunidos cogió el oro y los dejó en tierra. Llegado al Perú participó en la batalla de Sacshisahuana como maestre de campo de Lagasca y venció en ella a Rodrigo de Carvajal. Lagasca le confirmó en su cargo de gobernador de Chile, después de obligarle a que respondiera a los cargos que los despojados vecinos de Santiago le hacían; a que pagara sus deudas; a que abandonara su ilícita unión con Inés Suárez (que habría de casarse o dejar el país), y a que se uniera con su legal esposa. A todo dio satisfacción el conquistador español. Doña Mariana vino de España a ocupar su puesto e Inés Suárez casó con un capitán llamado Quiroga.

Vuelto a Chile prosiguió la obra de colonización. Fundó las ciudades de Concepción, Imperial, Valdivia, Ángel y Villarrica y los fuertes de Tucapel, Pu-



Pedro de Valdivia fundó la primera ciudad de Chile: La Serena en recuerdo del lugar donde él había nacido, la comarca extremeña del mismo nombre. A la derecha: la playa de Las Salinas, en Viña del Mar. Cerca de allí se celebró la batalla del mismo nombre.



La costa de Chile en Arica. Pedro de Valdivia conoció bien las dificultades de esta inaccesible y difícil costa.

rén y Arauco, para mantener a raya a los belicosos araucanos. Pero no habían terminado las desventuras del capitán español. Un indio, Láutaro, que había servido largo tiempo al gobernador, se pasó a los araucanos y los incitó a una revuelta organizada. Les explicó la táctica que habían de seguir para vencer a los españoles. Una reunión de caciques tuvo lugar para discutir las propuestas de Láutaro. Colocolo, el más anciano jefe mapuche, extendió la convocatoria. Los jefes indios oyeron a Láutaro. El plan del joven tránsfuga era sencillo. Los españoles confiaban ante todo en la caballería, que imponía pavor en las filas indias. Unas cargas de jinetes bastaban para acabar con la resistencia de masas numerosas de indios. Por tanto había que combatir a la caballería; pero ¿cómo hacerlo? La idea de Láutaro era la siguiente: los españoles habían de ser atraídos a un lugar pantanoso, donde la caballería no pudiera maniobrar con facilidad. Los españoles, pocos siempre en número, no podían vencer más que batiendo rápidamente a los indios; por tanto había que cansarlos. Los indios —explicaba Láutaro— habían de organizarse en varios escuadrones que se lanzarían sucesivamente sobre la caballería española. Estos escuadrones, sucesivamente desorganizados, se reorganizarían en la retaguardia y volverían de nuevo al ataque. Al perdurar la batalla, los españoles no podrían resistir el cansancio que esto produciría. El plan tuvo éxito. Pedro de Valdivia, al mando de cuarenta jinetes, atacó al ejército organizado según la idea de Láutaro y dirigido por un valiente cacique, Caupolicán. Los indios peleaban desesperadamente para vengar un tremendo castigo —Valdivia había cortado la nariz y la mano derecha a cuatrocientos prisioneros araucanos—, y en diciembre de 1533, cerca del destruido fuerte de Tucapel, cayó Valdivia en la emboscada. Sólo se salvó un capitán herido. Valdivia hubiera podido huir, pero para no abandonar a su suerte al padre Lobo, que le acompañaba, quedóse rezagado y fue rodeado de una muchedumbre de indios que cortaron a ambos españoles en menudos trozos y se los comieron. Valdivia, fuerte y robusto, duró tres días. Así terminó su vida, de forma terrible, el conquistador de Chile.

Pero la obra del desventurado Pedro de Valdivia perduró, porque lo esencial estaba hecho. Le sucedió su lugarteniente Villagrán, que vengó la muerte del gobernador venciendo a Láutaro en 1557. La decisiva pacificación de Chile fue obra de García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey del Perú Andrés Hurtado de Mendoza, y enviado por éste al frente de una lucida expedición para completar la colonización. En noviembre de 1557 era vencido y capturado Caupolicán por el nuevo capitán español. Alonso de Ercilla, que figuraba a las órdenes de Hurtado de Mendoza, nos ha dejado descritos en las brillantes octavas reales de su poema *La Araucana* los últimos momentos y el cruel martirio sufrido por el intrépido jefe indio. Con la conquista de Chile los españoles dominaban sobre diez mil kilómetros de la costa pacifica, desde California hasta el estrecho de Magallanes.

PLAN GENERAL DE LA OBRA

TOMO I - LA TIERRA. Biografía geográfica de nuestro planeta.

Estudio de la formación de nuestro planeta. Los grandes cambios operados en el mismo desde la aparición de la primera forma de vida hasta la actualidad. Cartografía legendaria y científica. Los fenómenos físicos. El suelo y la vegetación. El mundo animal. La huella del hombre.

TOMO V - EL HOMBRE Y SU CUERPO. Tratado exhaustivo con las más modernas teorías.

El organismo humano. El sistema digestivo. La circulación de la sangre. El mundo de los microbios. El corazón. La respiración. La piel. Glándulas. El esqueleto. Los músculos. El sistema nervioso. Los órganos sensitivos. Fenómenos psíquicos. Injertos y trasplantes. Curas de urgencia.

TOMO IX – ENERGIA NUCLEAR. FENOMENOS DEL ESPACIO. La nueva fuerza, almacén inextinguible. Electricidad.

Energía nuclear. Estructura del átomo de la energía atómica. La reacción nuclear en la naturaleza y en la técnica. Fenómenos del espacio. Los fenómenos electromagnéticos. La electricidad y el magnetismo. La luz y sus aplicaciones. Fundamentos físicos de la radio. Vibraciones electromagnéticas. La televisión. Semiconductores.

TOMO II - LA GRAN AVENTURA DEL HOMBRE. Cómo la Humanidad conoció el mundo en que vive. Descubrimientos y exploraciones.

Desde la Prehistoria a la Edad Media. Navegantes y exploradores hispánicos. Los siglos XVII y XVIII: ruta de las Indias, exploraciones de América, África, Asia y Australia. Sigue la gran aventura: periplos oceánicos: el "descubrimiento" de África; la conquista del Oeste; la exploración polar; el mundo submarino; la conquista de las alturas.

TOMO VI – EL MUNDO Y SUS RECURSOS. El progreso y sus riquezas.

Recursos del mundo. El hombre, reformador del mundo. El origen del hombre: ¿cómo eran sus antepasados? Yacimientos y exploraciones. En el laboratorio de la Naturaleza. Los tesoros de las entrañas de la Tierra. Materiales al servicio del hombre. El progreso y sus riquezas: el empuje del siglo XX. Del cohete a la nave espacial. Las nuevas energías. La exploración submarina. Aplicaciones de la radiactividad en la industria. Inventos a través de los tiempos.

TOMO X – CIBERNETICA Y TECNICA. Máquinas al servicio del hombre.

La máquina, base de la técnica: de los instrumentos primitivos a las máquinas contemporáneas. Métodos modernos de trabajo. La automación. La energía de la técnica. Motores y turbinas. Corrientes, ondas y semiconductores. Elaboración de las materias primas.

TOMO III - EL MUNDO DE LAS PLANTAS. La vida y su evolución. Agricultura.

La aparición de la vida y la teoría evolucionista. Estructura celular de las plantas. Las plantas en la Naturaleza: todo el complejo y maravilloso mundo vegetal. Las plantas de cultivo: la agricultura y sus sistemas: principales cultivos y su importancia económica.

TOMO VII - LAS MATEMATICAS: Números y figuras en el vivir diario. Aplicaciones prácticas.

La pequeña historia de las matemáticas. Números: modos de contar y de escribir cifras. Los cálculos mentales. Máquinas de calcular. Figuras y cuerpos: la geometría en el mundo que nos rodea. Medición de longitudes, superficies y volúmenes. Reproducciones geométricas. De las diferentes geometrías. El cálculo de probabilidades. Algebra geométrica. Números y operaciones. La extraña aritmética. La noción de cantidad. Ecuaciones, coordenadas y funciones. Integrales y derivadas.

TOMO XI – LA QUIMICA. El maravilloso mundo de los laboratorios.

La química y su importancia en la vida del hombre. Historia de la química. La ley periódica de Mendeleiev. Vocabulario químico. La química al servicio del hombre. La química compite con la naturaleza. El mundo de los laboratorios. Los microbios al servicio humano. Las vitaminas. Los antibióticos.

TOMO IV - EL MUNDO DE LOS ANIMALES. Todo lo relacionado con los animales salvajes y los domésticos.

Vida animal. En qué se diferencian los animales de las plantas. Desde los animales microscópicos a los más grandes mamíferos. Peculiaridades del mundo animal: peces eléctricos; luz viva; sonidos; colores; simbiosis; falso parecido; mimetismo; signos de distinción; los animales sociales; las migraciones; venenos; parásitos; conducta animal; doma y adiestramiento. Los animales en la economía nacional. Origen de los animales domésticos. Las crías de animales. La apicultura.

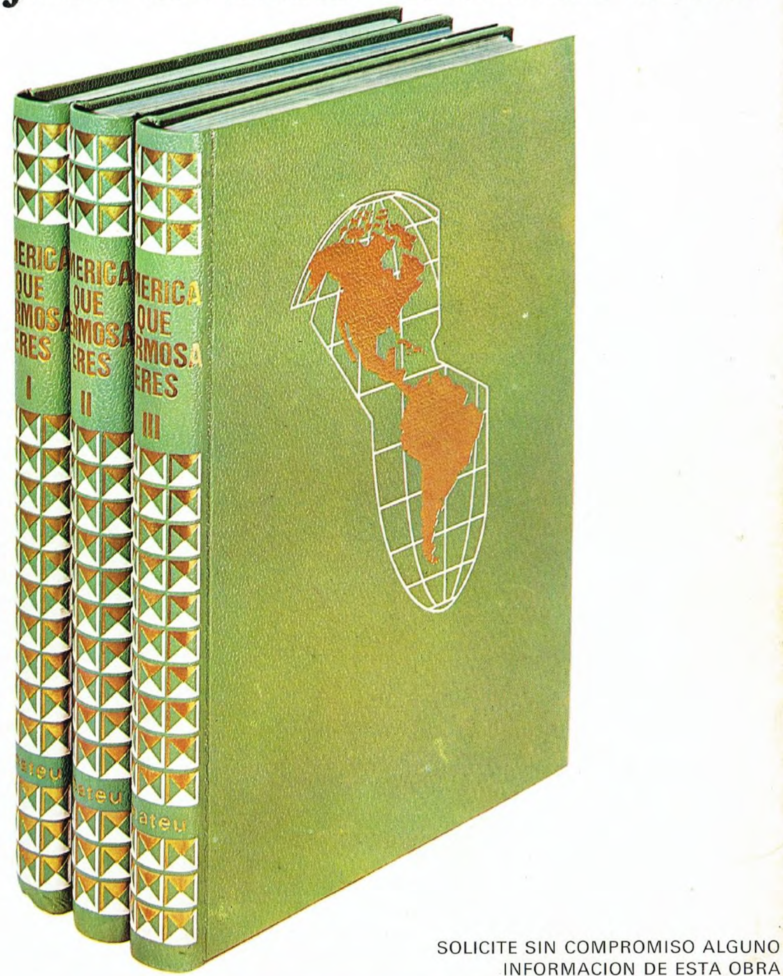
TOMO VIII - LA FISICA. Desde sus rudimentos a la era del átomo: aplicaciones prácticas en el mundo nuevo.

Los fundamentos de la mecánica. Sonidos y ultrasonidos. La flotación de los cuerpos y fenómenos curiosos. La física del vuelo y de los lanzamientos espaciales. Atomos y moléculas. Viaje al mundo de las temperaturas y de las presiones.

TOMO XII – ASTRONOMIA Y ASTRONAUTICA. A la conquista de los espacios siderales.

Introducción a la Astronomía. La Luna. El Sol. El sistema solar. Estrellas fugaces y meteoritos. Las estrellas, el Universo. Cómo se formaron la Tierra y otros planetas. La radioastronomía. Cómo trabajan los astrónomos. Los viajes interplanetarios. Los satélites artificiales. Los vuelos espaciales. El camino de las estrellas.

TODO EL CONTINENTE AMERICANO REFLEJADO EN ESTA ORIGINAL OBRA



SOLICITE SIN COMPROMISO ALGUNO
INFORMACION DE ESTA OBRA

AMERICA, QUE HERMOSA ERES:

3 volúmenes, formato 30 × 21,5 cms. encuadernados en guaflex con estampaciones en oro y blanco.
1.200 páginas que recogen más de 2.000 fotografías, 50 mapas y 120 gráficos descriptivos, impresos en papel couché superior.